



Payasos

Gilberto Rendón Ortiz

A Kai lo habían conocido casi por casualidad. Cargaba una cubeta llena de agua cuando ellos dos, Coco y Cheo, esperaban la oportunidad de colarse a la función sin pagar. Claro, ninguno de los chamacos se imaginaba que había en el circo todo un sistema de seguridad y de vigilancia en torno de la carpa, con gente experimentada que al primer vistazo descubría los posibles infractores. A Coco y a Cheo, por cierto, los tenían bien vigilados en todos sus movimientos.

En eso estaban cuando Kai tropieza con ellos y por poco los baña con el cubo de agua. Si no hubiera sido por esto, seguramente ellos no reparan en el joven trabajador y tampoco, quizás, el payaso Rompompón se fija en Kai.

Rompompón se hallaba vestido de civil. Y no solo eso: fungía en esos momentos como agente secreto. Así es en los circos, por lo menos así es en el Circo Pingolini Hermanos: un payaso puede ser vendedor de cacahuates y luego anunciador o agente secreto de vigilancia, si no es que ayudante del domador. Puede ser tantas cosas que algunas veces se olvidará de ser un payaso. No en el caso de Rompompón. La función estaba por comenzar y él necesitaba correr, qué digo: volar a su camerino a vestirse para su acto. Vio a Kai y le dijo:

—Quédate aquí, muchacho. Yo sé que Brobdingang a estas horas no tiene nadita de sed, pues duerme como un lirón. Toma mi placa. Ella te acredita como agente secreto del gran Circo Pingolini. Tu misión es vigilar a esos dos chicos que tratan de colarse a la función sin pagar.

—¿Y qué se supone que debo hacer, Rompompón? —se dejó Kai prender la placa en la camisa.

—¿Qué preguntas? Lo veremos en el manual de las hojas amarillas —el payaso, que aún vestido de civil seguía actuando como payaso, sacó de sus ropas un grueso libracó y, luego de hojearlo, encontró algo y fingió leer—: Tres cosas puede hacer un agente secreto al vigilar a dos tunantes. La primera: esperar a que intenten colarse, para aprehenderlos in fraganti; la segunda: expulsarlos del perímetro del circo antes de que ellos actúen; la tercera, dejarlos pasar a la función.

Y diciendo esto, Rompompón, el payaso favorito de todos los niños, abandonó a Kai en la incómoda posición de vigilante.

El nuevo agente secreto echó un vistazo a los chavales. A vuelo de pájaro eran agradables y de la misma edad de Kai, unos doce años. Uno era más alto que él y el otro, más bajo. No escapó al joven trabajador que hacían una pareja cómica aun sin quererlo. Le simpatizaron. Probablemente a Rompompón también; por eso inventó aquello de "dejarlos pasar". Bueno, sí, qué demonios, los dejaría pasar y que el señor Willis rabie en contra suya. Por hacer rabiar al señor Willis los dejaría pasar aunque no le hubieran simpatizado ni pizca.



Sorprendidos por su buena suerte, los chicos ni siquiera dijeron "gracias" cuando se les presentó la oportunidad que buscaban. Verdad es que a Cheo se le cayeron los pantalones y Coco se pisó las agujetas de los zapatos y casi cae al suelo al dar el paso.

—Qué chistosos —se dijo Kai. Y se hubiera olvidado de ellos (cientos de caras veía diariamente) si no es porque al día siguiente se repitió la historia.

Rompompón le cedió a Kai el lugar de vigilante y cuando aparecieron los dos chavales, uno más alto y el otro más bajo que él, les hizo una seña. Cheo y Coco tuvieron cuidado de que a uno no se le cayeran los pantalones y el otro no pisara las agujetas de sus zapatos; pero, entonces, Coco, que era el más alto, dio con un madero contra su cabeza, y Cheo, que iba deteniéndose los pantalones con ambas manos, se trompicó con una estaca clavada en el suelo.

Al tercer día las cosas resultaron idénticas que en los anteriores. Pero al cuarto día hubo una variante: Kai no sustituyó a Rompompón y éste, prevenido tal vez por el muchacho, les guiñó el ojo y los invitó a pasar por la puerta grande. A Coco y a Cheo de la alegría se les cayeron los pantalones al mismo tiempo. Rompompón no se impresionó nada.

—Es un viejo truco —pensó.

Claro que era un truco muy visto, pero a Cheo y a Coco les salía natural.

En realidad Cheo y Coco eran dos payasitos de esos que seguido se ven en las calles de la gran ciudad, a la búsqueda de una moneda, haciendo juegos malabares y cómicas pantomimas en los altos de los coches.

Se ponían ellos en la transitada esquina que hace la avenida de las Coristas y la calle de Hojalateros, y diariamente, en cada alto del semáforo, ofrecían una hermosa función relámpago. Coco y Cheo eran artistas de corazón, payasos de nacimiento, con un visaje cómico natural. Con el propósito de ayudar a sus respectivas familias se habían juntado y formado una pareja cómica muy simpática e inspirada. A veces eran tan graciosos que los coches, cuando el semáforo daba el siga, se resistían a andar. En una oportunidad, detuvieron simultáneamente, por más de cinco minutos, el tráfico de las dos calles que se cruzan por allí. Más, así como habían cosechado aplausos, a su corta edad habían tenido jornadas malísimas en las que, para llevar unas monedas a casa, tenían que andar ellos todo el día sin probar alimento.

Una tarde lluviosa en la que no pudieron trabajar, Coco y Cheo se refugiaron en el Circo Pingolini. Las casi dos horas de la función la pasaron con la boca abierta y más tarde, ya en casa, aún no la cerraban. Se acostaron sin cenar y al día siguiente, Coco le dijo a Cheo que iba a buscar otro trabajo.

—Lo mismo estoy pensando yo —contestó Cheo.

Seguían impresionados por la elevada maestría de payasos, acróbatas, trapevistas, domadores y todos los demás cirqueros. Por primera vez en su vida se compararon con artistas de verdad y sintieron vergüenza de lo que ellos hacían. Qué burdos les parecieron sus chistes, qué torpes sus juegos



malabares, qué insípidos sus movimientos. La crisis existencial duró una semana completita, en la que probaron suerte en otro trabajo callejero. Hasta que un día Cheo se despertó diciendo:

—¿Y si volvemos a ser los payasos de antes?

Coco, medio en sueños, respondió que nada le gustaría más que eso.

Lustrar calzado, había descubierto Cheo, no era su vocación. Coco la había pasado mejorcito vendiendo libros a los automovilistas durante ese tiempo, pero igual: añoraba la nariz colorada, los pantalones con truco, la gorra saltarina, la sonrisa de los espectadores, las ocurrencias propias y del compañero.

—Lo haremos, Cheo, solo que con una condición vuelvo contigo —dijo Coco antes de colocarse ambos en la esquina de siempre—: regresemos a la escuela.

—Estás zafado del coco —repuso Cheo.

—Estamos zafados los dos. Si no estudiamos, no seremos nunca buenos payasos.

—En la escuela no enseñan a ser buenos payasos, ni siquiera malos.

—Es cierto. ¿Y en el circo, qué? ¿Cómo es que son tan buenos todos ellos?

—Se transmiten de padres a hijos las enseñanzas. ¿Crees que con la cara que tenemos vamos a encontrar en el circo padres adoptivos o un amoroso maestro para nosotros?

—No, pero ¿y qué tal si vamos a todas las funciones a tratar de aprender algo? Un chiste, un movimiento gracioso, un ejercicio difícil. Lo ensayamos en casa y lo ponemos en práctica en la calle.

—Me has convencido, Coco. ¿Qué te parece si empezamos hoy mismo?

Ese fue el día que los chicos, gracias a Kai, lograron colarse gratis por primera vez a la función. El espectáculo era siempre el mismo.

Se repetía con variaciones imperceptibles o cambios que en nada alteraban la calidad de las representaciones.

Coco y Cheo terminaron por saberse cada número de memoria. Y a medida que mejor los conocían, más se admiraban del talento de los acróbatas, de los payasos, de los trapecistas.

Además, la función se miraba distinto desde cada diferente rincón de las gradas. Cuando Rompompón les permitió la entrada esa vez, Cheo se atrevió a pedirle que los dejara sentar en primera fila. El payaso, vestido de civil, accedió gustoso. Allí se estuvieron quietecitos a la espera de la función. Apenas se inició esta, Coco, de la emoción, se cayó a la fila de atrás.



Kai pasó junto a ellos vendiendo cacahuates con chile y limón y les dejó disimuladamente un paquetito a cada uno. A Cheo, por querer decir “gracias”, se le saltó el sombrerito que siempre usaba y tuvo que recogerlo en la sexta fila atrás. Desde ese momento, durante la función Cheo y Coco de puro entusiasmo, se cayeron diez veces de su asiento.

Otras tantas se levantaron, saltaron, se encaramaron uno encima del otro, y hasta encima de algún espectador vecino, y hubo una vez que, temerosos, se metieron debajo del asiento ante la hilaridad del público que acabó creyendo que, aquellos dos chicos de la primera fila, eran parte del espectáculo.

Lo más extraordinario de la función, para Cheo y Coco, ocurrió por parte de Kai, pues de pronto, entre los trapevistas, él estaba allí, vestido de pura plata. El anunciador incluso dijo su nombre repetidas veces: Kai era una estrella. Sí, era muy bueno. En lo alto, pasando por los aires de uno a otro columpio, Kai era hermoso como un ángel. Hasta parecía tener alas al ejecutar los saltos mortales sin red de protección abajo. Anunciaron que intentaría un triple salto mortal y fue cuando Cheo y Coco se metieron bajo el asiento. Por suerte, mejor dicho: gracias a la pericia de Kai, todo salió bien. Requetebién.

Casi al finalizar la función, Cheo se enredó en unos cables tendidos cerca de él, quedando colgado de la cintura cabeza abajo. Entonces el señor Willis en persona, harto ya de los chicos inoportunos, tomó a cada uno de la oreja y los llevó afuera de la carpa, ante las risas y aplausos del público que pensaba que todo era parte de la función.

–¡Que no los vuelva yo a ver por aquí! –les dijo.

El señor Willis medía dos metros de altura y era robusto como un oso.

Fuera del circo se le podría confundir con el abominable hombre de las nieves, pero, por desgracia, era el gerente del famoso Circo Pingolini Hermanos, el mejor de todos los circos. Tan buenos eran los artistas de esta compañía, que aun con un gerente como Willis seguía siendo el Pingolini el mejor circo del mundo.

Kai, después de su espléndida actuación, había vuelto a su puesto de vendedor de cacahuates y pudo ver, aunque de lejos, la grosera intervención del señor Willis. Corrió tras él. Lo alcanzó cuando venía de regreso el gerente sacudiéndose las manos satisfecho.

–Espere, señor Willis –le dijo–. Quiero decirle algo.

–Más tarde –respondió aquel.

Kai, disgustado, se quitó de los hombros los tirantes que sujetaban el cajón de cacahuates y, ¡pácatelas!, lo arrojó a los pies del gerente.

–Estoy hasta la coronilla de usted, señor Willis –exclamó furioso y se alejó caminando.

–¡Kai, espera! –gritó el sorprendido señor Willis–. ¡Recoge lo que tiraste!



En ese momento terminaba la función y el público, por todas partes, se apresuraba a salir.

Kai tomó una dirección definida y pronto alcanzó la cuadra de los caballos.

—¡Vamos, Brobdingang! —se acercó a abrazar un caballo enano—. Nos iremos de aquí.

Brobdingang era un caballito que el muchacho entrenaba amorosamente y el principal motivo de sus preocupaciones actuales. Era un caballo muy joven aún y el más hermoso de todos los caballitos enanos del Circo Pingolini, si no es que de todos los circos del mundo.

Kai era un trapecista brillante, como hemos visto. Si tenía a Brobdingang con él era porque un viejo amigo que ya se había retirado del circo le regaló el caballo cuando éste era un potro. De la amistad con el caballito nació en el chico el deseo de hacer un nuevo número al lado de Brobdingang. Lo malo era que los hijos del señor Willis, bautizados por Rompompón como los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, eran los caballistas estelares del Circo Pingolini. Además, al más joven de los caballistas, un muchacho de catorce años llamado Crisantemo, le entraron deseos de tener a Brobdingang en su propio número.

Kai no quiso ceder su animalito, ni siquiera a cambio de un viejo caballo que le ofrecieron. Y esa actitud firme, noble y valiente del joven trapecista, desató una ola de amenazas en contra de Kai y su familia. Él era el mayor de cinco hermanos. El padre, un hombre bondadoso, que todavía era considerado como el trapecista número uno del mundo, le aconsejó que mejor cediese el caballito al Crisantemo. Era peligroso no hacerlo. Podía ser que un columpio no llegara a donde tenía que llegar, que una cuerda se aflojara, en fin, y pasa un accidente. ¿Dejar el circo? Ni pensarlo. El Circo Pingolini era la vida de todos ellos.

¿Comprendes, Kai? Comprendo, papá, decía el chamaco, dame tiempo para hacerme a la idea. No hay tiempo ya. Un ratito nada más. Y pasó una semana y Kai no se hacía a la idea de perder el caballito.

Comenzaron entonces las represalias. Un ligero incidente, como un tropezón con una persona del público, fue el pretexto para que Kai fuera suspendido de sus actuaciones en el trapecio por cosa de una semana. Cheo y Coco no lo habían visto actuar, hasta esa tarde, por esta causa.

Kai era un muchacho de carácter. No se dejaría amilanar por nadie y si dijo a su padre que cedería el caballo a Crisantemo Willis, había sido para ganar tiempo y tener una idea para conservarlo.

Por otro lado, de alma noble y generosa, Kai había comprendido en cierta forma el propósito que animaba a los dos muchachillos que todos los días trataban de colarse al circo. Simpatizó con ellos y le dijo a Rompompóm que aquellos dos chicos eran los alumnos perfectos para él, viejo y solitario payaso de cuarenta y ocho años de edad, abandonado hacía unos meses por la bella Rompomponia.

Rompompón tenía el alma débil y pusilánime y a veces era tan cobarde que Rompomponia decidió abandonarlo, pese a todo lo que se querían.

—¿Y si no acepta el señor Willis? —había dicho.



–Oh, Rompompón, ese es asunto tuyo solamente –contestó Kai y trató de animarlo. Finalmente Rompompón se entusiasmó y, por ello, cuando el señor Willis la tomó en contra de los chicos, Kai reaccionó con enojo, amén que tenía presentes muchas otras arbitrariedades cometidas en contra de sus amigos, en contra de su familia y en contra suya.

Después lo pensó. No podía huir con Brobdingang. Bastante trabajo es a veces ocuparse de uno mismo como para tener posibilidades de atender a un caballito en plena ciudad, selva de cemento. Willis había ganado.

¡No! Aunque perdiera el caballo, él no se quedaría. Regalaría Brobdingang a Luther Comefierros, el hombre más fuerte del circo.

Dejó, pues, al caballito en la cuadra y corrió a buscar al Comefierros y a sus otros amigos.

–Solo prométeme que nunca lo cederás a ninguno de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, que siempre lo tendrás contigo y que no permitirás que nadie le haga daño –le dijo.

–Lo siento mucho, Kai –respondió el Comefierros–. No puedo aceptar tu regalo. De niño siempre soñé con un caballito así, pero ahora tengo familia y debo cuidar mi empleo. No me guardes rencor.

–Y es el hombre más fuerte del circo –pensó Kai.

Rompompón, el payaso pusilánime, inesperadamente cobró valor y dijo:

–Si me lo regalaras a mí, Kai, yo te prometería todo eso y más: haría de Brobdingang un payaso genial.

–¿Tú, Rompompón? –dijeron los amigos de Kai y de Rompompón–. Si nunca has podido nada contra nadie, menos podrás defenderte del señor Willis cuando quiera quitarte el caballito.

–Es cierto –confesó Kai–: no puedo confiar en ti, Rompompón.

–Dame esta oportunidad.

–No. Eres débil de carácter. Por eso Rompomponia te dejó. Y era una buena mujer.

–La mejor cocinera del circo –admitieron los amigos de Kai–, la mejor anfitriona.

–Iré por ella, Kai. Me hace mucha falta. Lo prometo. Y si no quiere venir por las buenas, la traigo de una oreja al circo.

–Bueno –Kai sonrió ante la inesperada decisión de su amigo–. Brobdingang está en la cuadra. Es tuyo ahora, Rompompón. Cuida de él.

–¿Y tú, Kai? –preguntó el Comefierros.



–Quédate –rogó el payaso-. Tus problemas con el señor Willis acabaron; ahora son míos. Tu familia está a salvo.

–Quédate –repitieron los demás.

–No, amigos. No soporto a Willis. Me iré para siempre. ¡Adiós!

Rompompón, Luther el Comefierros, la niña contorsionista y su hermano el niño de goma, el hombre bala y Clodoveo, el domador de las gallinas salvajes de Guinea, que eran los mejores amigos de Kai, se quedaron en silencio mirando cómo el joven trapequista se perdía en las sombras de la noche.

–Sin Kai, ya nada será igual–dijo la niña contorsionista.

–Le diré al señor Willis que mañana no pienso actuar –exclamó el Comefierros luego de un larguísimo silencio–, tengo el corazón roto.

Por supuesto, Luther el Comefierros se sentía muy mal por su falta de valor al no aceptar el caballito. Y también se sintía mal porque así ocurre cuando se va para siempre un amigo como Kai.

Coco y Cheo no regresaron más al circo.

Se cambiaron a una esquina muy transitada para presentar tres o cuatro nuevas rutinas. Seguían cosechando muchos aplausos y pocas monedas.

Un día nublado y caluroso, apareció un muchacho por ahí.

–Diablos, cómo se parece a Kai– se dijo Coco.

Pero no podía ser Kai, porque estaba demasiado pálido, sucio y demacrado. Un verdadero vagabundo si se mira bien. Había que ver al Kai del circo: tan lozano y colorado, tan lleno de vida y, ¿por qué no decirlo?, tan hermoso.

–Pues, sí, Coco: creo que es Kai –se acercaron los dos payasitos a verlo.

–No, solo se parece a Kai. Este chico es más... flaco –Coco empezó a dar vueltas alrededor del muchacho...

–¿Se lo preguntamos?

–¿Si está flaco?

–No, si es Kai.

–Bueno, pregúntaselo tú.



–Tú, que dices que no es Kai.

–Buenas tardes, caballero –se quitó Coco el sombrero–. Mi amigo y yo tenemos una duda que no nos deja trabajar. ¿Podemos preguntarte si eres Kai, el del Circo Pingolini?

–Claro que puedes preguntar –repuso el muchacho divertido, fingiendo seriedad.

–Entonces, dinos: ¿eres Kai?

–Sí, lo soy.

–¿Te cae?

–¡Hola, Kai! –lo saludó Coco afectuoso.

–¿Qué haces por aquí? –preguntó Cheo efusivamente.

–¿Qué dice Rompompón? ¿Qué nuevos triples saltos mortales has hecho? Cuenta –apuró Cheo–. ¿No hay función a esta hora?

–Para mí no.

Esa noche Kai durmió en la misma cama que Cheo y Coco y se acostó, por primera vez en los últimos diez días, con la barriga llena y el corazón contento, como se dice. Había encontrado a dos buenos amigos.

Antes de quedarse dormidos, los tres platicaron largo rato. Al final la conversación andaba en estos tonos:

–Lo que más extraño, chicos –decía Kai–, es la escuela. Me gustan las matemáticas y las ciencias naturales.

–¿Dijiste algo de la escuela? –exclamó Cheo–. ¿O empezaba yo a tener una pesadilla?

–¿Por qué?

–No me digas que ibas a la escuela.

–Claro que sí. Un trapecista, dice mi padre, es ante todo un hombre culto.

–¿Y en qué momento vas a clases? ¿Y qué pasa cuando anda el circo en gira?

–El sistema es complicado, pero efectivo. Combinamos estudios individuales y en un grupo pequeño, con cursillos especiales y exámenes que nos hacen en escuelas oficiales.



–¡Oh! –gemía Cheo.

–¿Qué le pasa? –preguntó Kai.

–Es que él escogió la profesión de payaso porque creía que ellos nunca van a la escuela.

–Pregúntaselo a Rompompón.

Durante los días siguientes los tres jovencitos discutieron la posibilidad de armar un nuevo espectáculo callejero con la especialidad de Kai, los saltos acrobáticos, y una nueva rutina cómica de payasos.

Lo estudiaron cuidadosamente y comenzaron a ensayar en la misma calle. Era algo arriesgado por parte de Kai realizar saltos mortales en el piso de cemento, a pesar de que siempre caía de pie. Tal vez convendría probar con una pirámide acrobática, pértigas y juegos malabares. Pero, entonces habría que alterar el guion original. O incorporar únicamente algunos movimientos acrobáticos espectaculares, pero sencillos. Discutieron mucho. Crear algo nuevo requiere de mucho valor, pasión y trabajo. Y Coco y Kai y Cheo, ahora que estaban juntos, deseaban hacer algo muy especial.

Los ensayos llamaban poderosamente la atención de los transeúntes y Coco y Kai y Cheo recibían muchas más monedas en estos ensayos que otras veces.

–Eres nuestro talismán de la buena suerte –le dijeron a Kai los payasos.

El día del estreno hubo tumultos para verlos. Kai iba vestido de civil, en traje ordinario de calle, fingiéndose un simple transeúnte que de pronto se encuentra en medio de una acalorada discusión de los payasos. Estos están a punto de liarse a golpes porque cada uno dice que es mejor que el otro. Llamaban entonces del público a dos o tres personas para que juzguen quién hace los mejores chistes y malabarismos con pelotitas. El público participante, entre ellos Kai, termina siempre haciendo los malabares mejor que los payasos.

Todavía disgustados entre sí, prueban la fuerza de sus puños, no contra ellos mismos, sino contra un pobre transeúnte, Kai, que vuela a cada golpe dando tremendas volteretas en el aire. Muertos de cansancio los payasos, de tantos golpes dados a Kai, dejan al público que decida quién de los dos es más fuerte.

De manera suscita, eso era todo, pero es imposible describir cada paso, cada gesto, cada guiño, cada movimiento que hacían, regocijando al sorprendido público con su gracia chispeante. Los espectadores se mostraban más generosos que nunca y si hubieran seguido hasta el anochecer, como era la costumbre de Coco y Cheo, hubiese sido un día increíble, hablando del éxito económico logrado. Algo imprevisto, a las 18:06 horas, interrumpió las funciones por el resto de la tarde.

–¡Rompompón! –exclamó Kai y se fue a abrazar al payaso, que iba vestido de payaso.

–Me reconcilié con Rompomponia –contó–. Tal como lo prometí. Después me propuse encontrar a Kai y llevarlo al circo de regreso. ¡Lo haré también!



–Eso es imposible, Rompompón. Mientras el señor Willis siga al frente del circo y todos ustedes sean tan cobardes.

–Willis, ¡oh, el bueno de Willis! –sonrió Rompompón–. Tus cobardes amigos hemos puesto a Willis en su lugar.

Rompompón contó que primero el Comefierros enfermó de tristeza y, como durante la función se le salían las lágrimas al acordarse de Kai, se eliminó su número de la función. Después, la niña contorsionista se luxó un tobillo y Clodoveo, junto con tres de las gallinas salvajes de Guinea, precisamente las equilibristas, se indispuso del estómago.

Palmira, la madre de Kai, se negó a salir al trapecio. Para entonces el señor Willis presionaba tanto a Rompompón para que cediese el caballito a Crisantemo, que el pobre payaso tenía ganas de enfermarse mortalmente. Pero, los trapecistas, con el padre de Kai a la cabeza, hablaron con Rompompón.

–Es la de ustedes una rebelión silenciosa. Hagámosla abiertamente: enfrentémonos juntos al señor Willis.

–Bueno –aceptó Rompompón hablar con sus amigos. Luego lo pensó mejor y se dijo–: Primero voy a buscar a mi esposa.

La hermosa Rompomponia regresó de inmediato al circo, pues en el fondo Rompompón y Rompomponia se querían inmensamente; sin embargo, la bella equilibrista no participó en el motín contra Willis, no podía hacerlo. En otro tiempo, cuando eran jóvenes, Willis se había enamorado de la hermosa Rompomponia (en realidad todo el mundo se enamoró en esa época de Rompomponia). Todavía guardaba el terrible capataz un tibio recuerdo de los años mozos. Para probar el valor de Rompompón fue que la bella Rompomponia se negó a intervenir en el conflicto.

–Mire, señor Willis –explicó el Comefierros, acompañado de Rompompón–, la razón de que no queramos trabajar, se debe a lo ocurrido todos estos años. Lo de Kai fue la gota que derramó el vaso. Todos queremos mucho a Kai y decidimos declararnos en huelga hasta que Kai regrese y se acaben las cosas sucias que usted conoce mejor que nadie. Hablo no solo a nombre de los amigos de Kai y de su familia, sino de todos los trabajadores del circo, incluyendo a las focas amaestradas, a las gallinas salvajes de Guinea y al elefante Wenceslao. ¿Oyó? ¡De todos! Con excepción de Crisantemo Willis, que no quiso adherirse a nuestro movimiento. Marisola, Aristeo y Benito Willis, por demás decirlo, están con nosotros.

–Diablos, Luther. Me veré obligado a correrlos a todos.

–No diga tonteras, señor Willis. Sabe que no puede hacerlo. Si desea presentar su rendición ahora mismo, se la aceptamos con gusto. No vaya a suceder que después estemos disgustados cuando usted saque el pañuelo blanco.

El señor Willis lo pensó todo el día y toda la tarde. Era un tunante, lo sabía. Pero, como todos los demás, quería mucho al Circo Pingolini.



Al suspenderse las dos funciones de ese día, no resistió más y, arrepentido de todas sus fechorías, hasta de las que no le conocían los demás, estuvo dispuesto a satisfacer las demandas de los artistas y trabajadores.

—Desde entonces —concluyó Rompompón— todo el circo te anda buscando. Hoy, por fin, Max el equilibrista fenómeno, te vio casualmente y corrió al circo con la noticia. Todos te esperan, Kai, regresa. Brobdingang es tuyo de nuevo y para siempre. Vuelve. Tus padres y hermanos están desconsolados. Tus amigos te echamos de menos.

—¿De verdad se acabarán las arbitrariedades del señor Willis?

—Todas, Kai. Hasta las que comete con sus hijos. Además, ahora estamos unidos y nunca volveremos a dejarnos humillar.

—Me da gusto por ustedes; pero, ¡no! No puedo abandonar a mis nuevos amigos.

—Ve a casa, Kai —dijo Coco que, al igual que Cheo, todo ese tiempo estuvieron ahí escuchando el relato con tamaña boca abierta—. Nosotros nos arreglaremos sin ti.

—¿Son los payasos de que me hablaste? —Rompompón les pasó el brazo por los hombros—. Si lo quieren ustedes, para mí sería un placer enseñarles algunos trucos. Y mientras tanto, podrían percibir un pequeño sueldo, y todas las prestaciones de ley, trabajando como ayudantes del payaso, vendedores de cacahuates, agentes secretos, ¿qué dicen?

—Que es fabuloso.

—Entonces, ¿regresamos, Kai?

—Regresamos, Rompompón.

No voy a contar el recibimiento dispensado a Kai por amigos y familiares. Eso lo puede el amable lector imaginar a su gusto y será una experiencia más bonita y económica que leer mi engorrosa descripción.

Lo que sí deseo agregar es lo ocurrido con Cheo y Coco en el circo.

Con el tiempo los dos simpáticos payasitos formaron con Rompompón un grupo sensacional de payasos. Pudieron ayudar al sostenimiento de sus respectivas familias y, lo principal, su temprana vocación encontró un cauce seguro e impetuoso. El único contratiempo que tuvieron Cheo y Coco para adaptarse al ritmo de vida del famoso Circo Pingolini Hermanos fue el regreso a las clases que un año atrás habían abandonado para dedicarse a trabajar.

—Un payaso —aseguraba Rompompón—, es ante todo un hombre culto. Entre más culto es un mejor payaso.

Ahora tenían que estudiar por partida doble: la escuela oficial y su profesión de payasos.



Y como Coco y Cheo deseaban ser muy buenos payasos, los mejores que se hubiera visto jamás, pronto tuvieron notables progresos escolares.